

La calle para el miércoles 12 de marzo de 2008
Carballido por Leñero
Diario de un espectador
por miguel ángel granados chapa

Nemesio García Naranjo y José Alvarado nacieron en Lampazos, Nuevo León, en la misma calle. Por eso Alvarado solía lamentar que no le cuadraba el honor de ser ya no el mejor escritor de su pueblo, sino ni siquiera de su calle. Puesto o no fueron contemporáneos, y además cada uno a su turno salieron pronto de su ciudad natal, no fueron vecinos ni se encontraron en el barrio, lo que hubiera resultado interesante para las letras mexicanas, en que cada uno brilló de modo distinto. Algo diferente ocurrió con los dramaturgos Vicente Leñero y Emilio Carballido, que en los años recientes, los últimos en la vida del escritor cordobés fallecido hace unas semanas, vivieron frente a frente en la esquina de la Avenida dos y calle Nueve, en san Pedro de Los Pinos. Los Leñero había residido allí durante décadas hasta que se produjo el encuentro entre ambos escritores, según puede leerse en el texto que publica Leñero en su sección “Lo que sea de cada quien” de la Revista de la universidad, número de marzo:

“Esta y yo nos encontramos a Emilio Carballido saliendo del templo de sa Vicente Ferrer. Llevaba en la derecha unas varas de palma del Domingo de Ramos. Se produjo un diálogo como de Ionesco:

--¡Qué gusto, Emilio! ¿Qué andas haciendo por aquí?

--Me vine a vivir a san Pedro de los Pinos.

--No me digas. Aquí vivimos nosotros.

--A la Avenida dos.

--Nosotros vivimos en la Avenida dos.

--Avenida dos y Calle Nueve.

--Ahí vivimos. Es nuestra casa.

--En la mera esquina.

--Ah, es la casa de mi hermano.

La nueva casa de Emilio estaba enfrente, donde hace muchos años vivían los Berumen. El escenógrafo José Luis Aguilar se la arregló estilo mexicano. Quedó bien, aunque se deterioró con el tiempo. Siempre tenía gatos.

Iniciamos con mucha cordialidad nuestra relación de vecinos. Emilio pulsaba el timbre. Que necesitaba un limón, ahora un jitomate; que su teléfono estaba descompuesto y que si le podían dejar recados en nuestra casa. Nos mandaba pastelitos, galletas. Un diciembre le compró a mi hija Isabel una de sus acuarelas. Cuando Estela publicó su libro sobre Rosario Castellanos (Otro modo de ser humano y libre) la felicitó calurosamente.

--Esta es la Rosario que yo conocí, La Rosario que tanto quise. Tu semblanza es perfecta, Estela.

A veces nos invitaba a tomar el aperitivo –un campari, un oportó—y se ponía a despotricar contra Pepe Solé, contra Luis de Tavira, contra Héctor Mendoza. Era implacable.

Una tarde, el motor de su Volkswagen rojo se estaba incendiado. Ademanecía. Se veía desesperado.

--Tranquilo, Emilio, no pasa nada. Aguántame un rato.

Corrí por agua y de un cubetazo apagué los flamazos.

Todos los viernes, cuando regresaba yo del cierre de Proceso a las dos, tres de la madrugada, veía con admiración y envidia la lámpara de su estudio encendida. ¡Él sí que es un escritor profesional!, pensaba yo. Se lo dije después. Se rió.

--N'hombre. Yo no escribo de noche. Escribo en las mañanas. Dejo encendida la luz para ahuyentar ladrones.

Un domingo temprano se presentó alteradísimo. En la banqueta, frente a su casa mochada que abría un amplio espacio triangular, un vendedor de barbacoa había instalado, sábados y domingos, su fonda al aire libre con una mesa de tablas donde se detenía la clientela de regreso de misa o del mercado.

--Te comprendo –le dije. Qué lata. Casi no se puede entrar a tu casa y se ha de llenar de olores apestosos.

--No, no, al contrario. Ando furioso porque los inspectores de la Delegación quieren quitar de ahí al pobre cuate. Y yo ando recogiendo firmas de los vecinos para que lo dejen en paz. Se las voy a llevar a Kena Moreno. ¿Quieres firmar?

--Si a ti no te molesta, a nosotros menos; estamos bien lejos

Y fue así como el vendedor de barbacoa salvó su negocio. Ahí sigue, desde entonces”.